

IL Crepuscolo dei filosofi, de G. Papini, el ya famoso escritor italiano, es uno de los libros de más grata y más sugerente, a la vez que muy instructiva lectura. En él se alía la amena vivacidad de tono con la penetrante precisión del pensamiento. Es, como dice su autor mismo en el prefacio, "un libro de pasión —y, por tanto, de injusticia—; un libro desigual, parcial, sin escrúpulos, violento, contradictorio, insolente, como todos los libros de aquellos que aman y odian y no se avergüenzan ni de sus amores ni de sus odios". No os asuste ni retraiga esto que el autor dice de su propio libro, y si podéis haberlo a la mano, leedlo, y os aseguro que me agradeceréis el consejo.

Componen el libro de Papini seis embestidas tan razonadas como llenas de pasión contra seis filósofos que han llenado con sus nombres el siglo pasado, y son Kant, Hegel, Schopenhauer, Comte, Spencer y Nietzsche. Y acaba con un breve epílogo en que el autor licencia a la filosofía.

Una de las embestidas es, como digo, a Comte, y en ella, después de mostrarnos lo que fué el Gran Sacerdote de la religión de la Humanidad, con su fe teológica y nada positiva en el poder de la Ciencia, inserta un párrafo en que dice: "Su misticismo de matemático enamorado no podía atraer a las muchedumbres y ni siquiera a las clases cultas, las cuales se dejan fascinar más por las capillas ocultistas y teosóficas, y su Iglesia, aun cuando tenga un templo en París y algunos vástagos en Inglaterra y en la América del Sur, no se puede llamar verdaderamente ni militante ni triunfante."

Declaro que no conozco en Suramérica más que un comtiano activo, y es un fervoroso creyente en la religión del Maestro. Es él un noble ciudadano chileno, que de cuando en cuando me dirige cartas afectuosísimas y llenas de unción humanitarista, amén de unas hojitas de propaganda, con todo lo cual trata de convertirme a la religión de la Humanidad. Y alguna vez ha invocado, para decirme, mi calidad de vasco, sin que a mí se me pueda alcanzar qué tenga que ver lo uno con lo otro.

Fuera de este ingenuo y fervoroso misionero chileno conozco una revista positiva, es decir, comtiana, que publica en Méjico don Agustín Aragón, bajo el lema de *Orden y Progreso*, revista en que se cuenta por el calendario comtiano (un número que tengo a la vista dice: "10. de Federico de 118.—5 de noviembre de 1906").

Aparte de estas dos, no conozco más manifestaciones concretas del comtismo de los países hispanoamericanos; pero mis informes indirectos coinciden con los de Papini. He oído, en efecto, que el comtismo logró gran boga en Suramérica, mucha más que en España, donde, en realidad, jamás tuvo eco. He oído a un amigo colombiano una porción de noticias respecto a la influencia de las doctrinas de Comte en la formación de los intelectuales de su país.

Y esta relativa boga de Comte no deja de tener relación con el respeto y admiración que se han rendido también por esos pagos —entre los pocos que en todas partes se interesan por estas cosas, se entiende— a otro supuesto filósofo, a quien también zarandea Papini, llamándole "mecánico desocupado", a Heriberto Spencer, a quien el autor del disparatadísimo libro *Raza chilena* —libro escrito por chileno y para los chilenos— le llama "el Filósofo Excelso" —así, los dos términos con mayúscula—, diciendo que los españoles y los italianos estamos inhabilitados para comprenderlo, por lo cual carece de valor cuanto en desdoro de él podamos decir Papini, italiano, y yo, español. Y menos mal que no estamos solos, ni somos solamente italianos y españoles los que no vemos la excelcitud de la filosofía del "mecánico desocupado". No es español ni italiano, sino yanqui, el prestigiosísimo profesor de Harvard, William James, el más sutil psicólogo contemporáneo acaso, y le ha dado cada meneo al tal "Filósofo Excelso"... Y en su tiempo se lo dió Stuart Mill, mucho más filósofo y más excelso que él.

No austos ni sorprende a ningún español ni italiano medianamente cultos, crea lo que creyere el autor de *Raza chilena*, que en una obra de psicología se emplee casi todo el primero de los tomos en la descripción anatómica y en la fisiología del sistema nervioso humano, y hasta hay algún pobrecito español, inhabilitado para comprender al "Filósofo Excelso", que con sus descubrimientos en histología del sistema nervioso ha hecho avanzar la psicología.

El párrafo del flamante autor chileno que escribe no más que para sus compatriotas —según confesión propia— no es más que una caricatura de una disposición de espíritu muy frecuente en todas partes, pero mucho más en los pueblos jóvenes, de cultura incipiente o advenediza —y como advenediza, pegadiza—, y esa disposición es el científicismo, la fe ciega en la ciencia.

La llamo ciega a esta fe, porque es tanto mayor cuanto menor es la ciencia de los que la poseen.

Es el científicismo una enfermedad de que no están libres ni aun los hombres de verdadera ciencia, sobre todo si ésta es muy especializada, pero que hace presa en la mesocracia intelectual, en la clase media de la cultura, en la burguesía del intelectualismo. Es muy frecuente en médicos y en ingenieros, desprovistos de toda

cultura filosófica. Y admite muchas formas, desde el culto a la locomotora o al telégrafo hasta el culto a la astronomía flammarienesca. Los felices mortales que viven bajo el encanto de esa enfermedad no conocen ni la duda ni la desesperación. Son tan bienaventurados como los librepensadores profesionales.

Además de ser inútil querer disuadirlos, yo no sé bien si hay derecho a arrancarles a un prójimo una dulce ilusión que le consuela de haber nacido. Y, además, tiene siempre algún mote con que defenderse de nuestros asaltos diabólicos: nos llama "místicos", o "teólogos", o "paradojistas", o, en último caso, "ignorantes". Y nos confunde. Otras veces siente una profunda compasión por nosotros, los que no sabemos postrarnos ante la ciencia. Yo me he encontrado compadecido así muchas veces, sufriendo al no poder, a mi vez, en justa reciprocidad, compadecer al que así se compadeciera de mí. Pues que mi sentimiento no era de compasión, ciertamente.

Decía William Ellery Channing, el nobilísimo unitariano, en uno de sus sermones, y refiriéndose al hecho tan cierto de que en Francia y en España si se sale del catolicismo es para ir a dar en el ateísmo, que "las doctrinas falsas y absurdas, cuando son expuestas, tienen una natural tendencia a engendrar escepticismo en los que las reciben sin reflexión", añadiendo que "nadie está tan propenso a creer demasiado poco como aquellos que empezaron creyendo demasiado mucho". Y así es con el cientificismo.

Augusto Comte, lo ha visto muy bien Papini, tenía alma de teólogo, y su positivismo es de lo más teológico, en su fondo, que puede darse. Su fe en la ciencia era una fe teologal y dogmática, nada positiva. Y teológico, y no positivo, suele ser el positivismo de sus secuaces.

Y sucede que, cuando estas personas que creen demasiado en la ciencia, y más que en ella misma —pues esta fe está muy bien— en el valor poco menos que absoluto de sus aspiraciones y en que la ciencia hace el progreso —este otro fetiche— y el progreso la felicidad humana; cuando estas personas, digo, caen de su burro y pierden su fe irracional en esa ciencia que o no conocen sino a medias o no conocen del todo, entonces se vuelven en los más acérrimos desdeñadores de la verdadera y legítima ciencia.

Dice Papini que los mejores discípulos de Comte se encuentran en las novelas de un gran francés, Gustavo Flaubert, y que son los señores Homais, Bauvard y Pecuchet. Sin duda que estos dos inmortales compañeros, así como el estupendo farmacéutico de *Madame Bovary*, son tres de los más típicos representantes del cientificismo; pero hay otro, en la ficción novelesca también, que no les va en zaga, y es el doctor Pascal, de Zola. Con la diferencia de que los héroes de Flaubert son caricaturas concientes, puesto que su padre espiritual era hombre de finísimo sentido y de una muy clara apreciación del valor de la ciencia y hombre de ciencia sólida él mismo, mientras que el héroe de Zola es una caricatura inconciente, como salida del cerebro de un hombre que padeció de

cientificismo en virtud de lo poca y mala que era su ciencia y de lo deplorable y vacuo de su filosofía. Las pretensiones científicas de Zola hacen reír hoy tanto o más que las pretensiones filosóficas de Víctor Hugo. Las sólidas, sensatas y prudentes doctrinas de Claudio Bernard, un científico poco o nada cientificista y un hombre de tanta cautela como imaginación, pasando a través del cerebro simplicista y tosco de Zola, se transformaron en las ocurrencias más pintorescas y fantásticas, como se han convertido en fábulas índicas al pasar por ciertos cerebros las doctrinas sólidas, prudentes y sensatas de aquel hombre tan lleno de buen sentido y de ciencia segura que se llamó Darwin.

Messieurs Homais, Bouvard, Pecuchet y el doctor Pascal son divertidísimos. No sospechan siquiera que pueda haber otro mundo fuera de aquel en que ellos viven y mueren. Y si lo sospechan, imaginanse que es un mundo de pura fantasía de ilusiones, de espejismos, cuando no de extravagancias.

Agréguese a todo esto la impertinente suficiencia de la democracia intelectual. Estoy seguro de que más de uno de mis lectores se escandalizan allá para sus adentros, y tal vez para sus afueras, del modo, a su juicio, poco reverente con que he tratado más arriba a Spencer, a Zola y a Víctor Hugo. Y se habrán dicho acaso: "Estos señores que no tiran sino a singularizarse, y que acaso tratan de sorprendernos y dejarnos estupefactos, acostumbran tratar con mal encubierto menosprecio a todos los hombres consagrados y reconocidos por el sufragio de sus contemporáneos, y en cambio nos citan con elogio a unos cuantos señores que deben de ser de su cofradía, a los que apenas hay quien conozca". Y por aquí siguen discuriendo.

El cientificista, en efecto, es un demócrata intelectual. Se imagina que la jerarquía mental se adquiere, como la política, por sufragio, y que es la ley de las mayorías la que decide de la genialidad de un hombre, con lo cual no hace sino exaltarse a sí mismo. Porque la base de semejante democracia, y aun de cualquier otra, no es sino la soberbia gratuita, tanto mayor cuanto menos tiene un sujeto de qué ensoberbecerse. No tenemos sino ver que cuando a un pueblo le hacen creer en su superioridad colectiva, los que más se ensoberbecen individualmente de ella son aquellos de sus ciudadanos que tienen menos de qué ensoberbecerse por sí mismos.

De aquí, de esta soberbia gratuita, deriva la íntima satisfacción que experimentan las almas vulgares —y como tales, envidiosas— cuando alguien sale diciendo que los espíritus superiores están trastornados o que los genios no son más que locos. Ha sido la envidia de los no geniales o incapaces de genialidad, ha sido su secreto odio a la superioridad espiritual, lo que les ha hecho acoger con júbilo y aplauso semejante doctrina. Era la envidia lo que en vida de Sarmiento hizo que se le llamara loco. Los que se sentían inferiores a él se vengaban de ese modo.

Sólo una supuesta superioridad reconocen y acatan, y es aquella que han otorgado ellos mismos, aquella que no es sino represen-

tativa. Hay cierto número de individuos cuyo prestigio y fama se deben al sufragio de estas inteligencias vulgares y poco comprensivas. Son las celebridades representativas. No son los que se impusieron a la masa intelectual domándola y luchando con ella; son aquellos que la masa hizo a su imagen y semejanza. Y los tres citados, cada uno en su esfera, entran en esta categoría. Las vaciedades sonoras de Víctor Hugo eran, merced a su imaginación poderosamente sanguínea y merced a lo bajo y pobre de su inteligencia, muy a propósito para llenar de admiración al vulgo del espíritu, a la burguesía mental.

Las doctrinas de Spencer están al alcance de la comprensión del hombre más falto de educación filosófica y aun incapaz de recibirla. Y en cuanto a Zola, hay pocas cosas más simplicistas que la especie de psicología rudimentaria que corre por debajo de sus novelas, donde hay algún elemento puramente artístico no destituido de valor. Y así ha resultado que esos tres hombres han sido ensalzados por lo peor de ellos, siendo así que su innegable valor respectivo es, a pesar de las cualidades que sus fanáticos han querido atribuirles y no por ellas. Y es natural que no alcanzara la popularidad de ellos ni Leconte de Lisle, ni Stuart Mill, ni Flaubert, y he escogido tres que corresponden por nacionalidad y hasta, dentro de ciertos límites, por época a los otros tres.

Y todo esto, ¿qué tiene que ver con el cientificismo?, se me dirá. Pues sí que tiene que ver, y no poco, porque el cientificismo es la fe, no de los hombres de ciencia, sino de esa burguesía intelectual, ensoberbecida y envidiosa, de que vengo hablando. Ella no admite el valor de lo que no comprende, ni concede importancia alguna a todo aquello que se le escapa. Pero no puede negar los efectos del ferrocarril, del telégrafo, del teléfono, del fonógrafo, de las ciencias aplicadas en general, porque todo esto entra por los ojos. No cree en el genio de un Leopardi, pero sí en el de Edison —otro de los ídolos de esos divertidísimos sujetos.

La ciencia para ellos es algo misterioso y sagrado. Conozco yo uno que adora en Flammarion, en Edison y en Echegaray, que nunca pronuncia la palabra Ciencia sino con cierto recojido fervor, y la pronuncia con letras mayúsculas, así: ¡¡¡CIENCIA!!! Os digo que la pronuncia con letras mayúsculas. Y el buen hombre —porque fuera de esto es un bendito varón— es incapaz de resolver una ecuación de segundo grado y apenas si tiene más nociones de física, química y ciencias naturales que aquellas que se adquieren en nuestro desastroso bachillerato.

Parodiando una frase célebre, puede decirse que poca ciencia lleva al cientificismo y mucha nos aparta de él. La semiciencia, que no es sino una semiignorancia, es la que ha producido el cientificismo. Los cientificistas —no hay que confundirlos con los científicos, repito una vez más— apenas sospechan el mar desconocido que se extiende por todas partes en torno al islote de la ciencia, ni sospecha que a medida que ascendemos por la montaña que corona al islote, ese mar crece y se ensancha a nuestros ojos, que

por cada problema resuelto surgen veinte problemas por resolver, y que, en fin, como dijo egregiamente Leopardi:

*Ecco tutto è simile, e discoprendo
solo il nulla s'accresce* (1)

o sea:

Ved que todo es igual, y descubriendo
sólo la nada crece.

Y ¿no será conveniente que haya en un país un buen golpe de cientificistas? ¿No prestan acaso su cándida ilusión, ambiente y fomento a ciertas empresas? ¿No será el suyo, por ventura, un mal que se torna en bien? Tal vez, yo no lo sé; pero os digo que huyo de ellos como de la peste y que hay pocas gentes que me irriten más y me hagan perder la paciencia que la honorable cofradía de Messieurs Homais, Bouvard, Pecuchet, el doctor Pascal y compañía.

Salamanca, junio de 1907.

(Publicado en *La Nación*, Buenos Aires, 9 de julio, 1907.)

¹ *Canti*. "Ad Angelo Mai", versos 99-100. (N. del E.)